

Reapertura del Museo Arqueológico Nacional

Creado el Museo Arqueológico Nacional por Real Decreto de S. M. Doña Isabel II en 1867, muy próximo ya a nonagenario, constituye, sin embargo, una novedad tan extraordinaria como si la creación fuera reciente. La reapertura oficial al público, celebrada con los máximos honores el día 17 de este mes de mayo de 1954, bajo la presidencia de S. E. el Jefe del Estado, el Generalísimo Franco, ha constituido un acontecimiento que el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos se honra en recoger y comentar en esta Revista.

El acto del día 17 tiene para nosotros doble significación. Por una parte, ha sido la mayor satisfacción a que podíamos aspirar: rendir el fruto de nuestros penosos y difícilísimos trabajos en ofrenda colectiva al Caudillo de España, quien nos ha correspondido con creces al dignarse inaugurar con su visita esta nueva etapa de la vida del Museo.

Desde otro punto de vista, aquel acto representa la recuperación para la cultura española de su primer *antiquarium*, donde desde los remotos tiempos prehistóricos hasta el siglo XIX, puede ser revisada, como en amplio documental, toda nuestra historia peninsular y algunos aspectos de otras culturas ajenas. Parecerá extraño, quizá, que esta reapertura venga acompañada de tanto ruido; pero el caso no es para menos y nos lo confirma la estupefacción tanto de los extranjeros que visitaron el centro con motivo del reciente Congreso Internacional de Prehistoria y Protohistoria, como de los visitantes que desde el día 18 acuden ávidos por conocer las colecciones. Todavía más, muchas personas familiarizadas con el Museo antiguo encuentran desconocido el actual y hallan novedades en él.

Esto es natural. El Museo dejó de serlo en 1936 al promoverse el Alzamiento Nacional. Un signo nefasto que parecía gravitar sobre el centro impidió su remozamiento, iniciado con las reformas emprendidas en 1933, las cuales dieron por fruto la nueva instalación de cuatro bellísimas salas, tres de lozas españolas y una acomodada para exhibir el espléndido artesonado dieciochesco de Almendralejo. Mas a punto de su inauguración quedó ésta inédita, como veto providencial para celebrarla quienes, muy poco después, habían de despojar con nocturnidad incluso y por la fuerza de las armas, la colección numismática nacional, extrayendo del territorio las series áureas de monedas y medallas que conservaba aquella.

Todo fué luego de signo contrario para el Museo. Primero, durante los años del dominio rojo, fueron desmontadas las antiguas instalaciones y los objetos se almacenaron inverosímilmente en una única sala del edificio, mientras los demás locales vacíos los ocupaban las oficinas y depósitos de la Junta del Tesoro Artístico. Luego, después de la victoria nacional, fatal-

mente, aquellas oficinas y depósitos pasaron el servicio de recuperación de la Comisaría General del Patrimonio Artístico, para rehacer lo que los rojos habían deshecho, con la restitución a sus propietarios de los bienes artísticos que les habían sido sustraídos. Cuatro años se invirtieron en estos delicados y enojosos menesteres. Mas, entretanto, en 1943, contaban ya siete los años que el Museo había dejado de existir.

Intentos y afanes admirables de nuestros compañeros lograron organizar, a pesar de todo, bajo la dirección de don Blas Taracena y Aguirre (+1951), y con el estímulo y apoyo constante del Patronato y del Ministerio, una Exposición sintética de arqueología española, inaugurada en 1941. Pero ni este "Museo breve", aunque muy visitado, pretendió jamás ser el Museo Arqueológico Nacional, ni la escasez de las piezas expuestas daba satisfacción a la demanda pública de visitar las colecciones no instaladas. Y así, entre unas y otras cosas, el público fué perdiendo la memoria del inexistente Museo. Por otra parte, las salas cuya inauguración se frustró en 1936, fueron reorganizadas con la adición de una nueva de porcelanas extranjeras y se abrieron al público en 1942. Mas este acontecimiento no logró el debido éxito, porque el público quería ver precisamente lo que no se le podía enseñar.

Entre tanto, el Museo se debatía por dentro en lucha tenaz por imponer un orden en medio de su ruina interior. La rebusca de piezas para la Exposición de 1941, la que se hizo para reorganizar las salas de porcelanas, la que se estaba haciendo para identificar y reunir piezas y colecciones, la falta de locales de maniobra, el cuantioso número de vitrinas y muebles de exposición rotos e inservibles, la necesidad de conservarlos para su aprovechamiento, la increíble cantidad de residuos que dejaron la Junta del Tesoro Artístico y el Servicio de Recuperación Artística, la escasez de personal a quien poder confiar los trabajos de discriminación, la falta de medios económicos extraordinarios y aun ordinarios, el estado de ruina de las grandes monteras de cristales de los "patios romano y árabe"; por ejemplo, el abarrotamiento de todos los locales, con un revoltijo inevitable de piezas museológicas y enseres de toda clase, y así muchas otras circunstancias sumadas a las anteriores, habían convertido el Museo en un caos del que parecía imposible salir algún día. En el "patio árabe", bajo escombros de gruesos cristales y una paupérrima pero abundante vegetación, que germinó en el polvo fertilizado por lluvias y nieves, en 1951 aún yacían muchas colecciones del Museo. Entre ellas estaban los bellísimos sepulcros destrozados de los cardenales Carrillo de Albornoz y Cisneros, el del canónigo Morales, galas los tres de nuestro arte gó-

tico y renacentista, con otros sepulcros y materiales arquitectónicos que en los años de nuestra guerra fueron asilados en el Museo; sólo en 1953 fueron descubiertos y se entregaron, unos, al competente taller de restauración para reintegrarlos al lugar de su procedencia, adonde fueron directamente los otros.

Mas aun con tan graves dificultades, el Patronato del Museo y la Dirección, siempre en armónico y ejemplar acuerdo, apoyados por el Ministerio, fueron trazando proyectos y ejecutándolos en la medida de lo posible. Consistían éstos en lograr la instalación de las salas del ala derecha de la planta baja del edificio, haciendo obras de restauración y reforma de la arquitectura interior y paralelamente las instalaciones de algunas piezas y escaparates de fábrica. Así quedaron transformados los ámbitos de las cuatro salas primeras y el "patio romano" (sala VI), donde fueron montados también entonces los grandiosos mosaicos. Llegó el año 1951, y el excelentísimo señor Ministro Ibáñez Martín dió las órdenes e instrucciones oportunas para acelerar el ritmo de tan difíciles e ímprobos trabajos, e inmediatamente se puso mano a la obra, comenzándose entonces una serie de reformas interiores que aumentasen la capacidad del edificio. A este momento corresponde también el proyecto de la sala de vasos griegos ejecutado después.

Sucedió inmediatamente el relevo del señor Ibáñez Martín en su mandato ministerial por el excelentísimo señor don Joaquín Ruiz-Giménez, nuestro actual Ministro, bajo cuyo gobierno ha desaparecido la pesadilla del Museo Arqueológico Nacional. Con aquella ocasión ocupó la Dirección General de Bellas Artes el excelentísimo señor don Antonio Gallego y Burín, compañero competente y entrañable que había entrenado bien sus grandes dotes para el cargo en todas las reformas e iniciativas que le debe la ciudad de Granada. El señor Gallego comprendió desde el primer momento las necesidades del Museo, y en el tiempo que medió desde su toma de posesión hasta el otoño de 1952, de acuerdo con el Patronato y con la Dirección, meditó el plan que se proponía ejecutar, ampliando el trazado anteriormente por el señor Ibáñez Martín. El paréntesis de seis meses impuesto a las actividades del Museo por la Primera Exposición Bienal Hispanoamericana de Arte, que tuvo necesidad de ocupar locales en su edificio, fué aprovechado para el estudio del amplio proyecto, cuya ejecución se acordó iniciar en primero de noviembre de 1952, con el propósito de ultimar la instalación total y completa del Museo, incluso la parte del edificio ocupada por el de América si fuera posible, antes del mes de abril de este año, en el cual se había fijado la fecha de la celebración en Madrid del Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas. Este propósito era lógico en la Dirección General de Bellas Artes, que no podía pensar con calma en que llegaran a la capital de España los congresistas extranjeros y encontraran el primer Museo de Arqueología de la nación con sus notabilísimas colecciones invisibles.

El Patronato y la Dirección del Museo aceptaron con el natural entusiasmo las iniciativas del señor Gallego. El personal todo del Museo las recibió también con gusto, hasta el punto de que no sólo ya el personal subalterno, sino que hasta los individuos de

la Policía Armada que custodian el Centro, se prestaron a colaborar voluntariamente con todo ardor en la tarea, empleando en ella estos últimos el tiempo franco de servicio. Esta colaboración de todos los de "la casa", las facilidades dadas por el ilustrísimo señor don Francisco Sintés Obrador, director general de Archivos y Bibliotecas y jefe superior del Cuerpo, para agregar al trabajo algún compañero de fuera de Madrid, las de industriales y proveedores y el entusiasmo de todos, han hecho el milagro de que los trabajos comenzados en primero de noviembre de 1952 se hayan coronado en 31 de marzo de 1954 con la presentación de las 31 salas que hoy ofrece el Museo a la visita de los curiosos. Su índice y contenido consta en la guía editada por la Dirección General de Bellas Artes, publicada al mismo tiempo que la reapertura del Centro, en un volumen de 204 páginas, más 48 láminas.

Sin eufemismo alguno, pues, puede celebrarse como acontecimiento del Cuerpo esta reapertura del Museo Arqueológico Nacional y estimarse éste como nuevo con toda razón, ya que sus instalaciones son tan completas que nada, salvo la mayor parte de las colecciones de prehistoria que esperan la salida del Museo de América para ocupar su lugar, queda ni está oculto a la vista del público. Por otra parte, se ha logrado la finalidad esencial de que todas las piezas se vean, aunque muchas veces, es cierto, apretadas; mas todas visibles. Esto, unido a la limpieza, a la mayor iluminación de las salas y vitrinas conseguida por las tonalidades de la pintura de las paredes, por la diaphanidad de los escaparates, por la adición de luz artificial o por otros procedimientos, es lo que hace del actual un Museo completamente distinto del anterior, en el cual las colecciones se abismaban ocultas entre el exceso de madera, la bayeta roja, el color negro del mobiliario y la oscuridad de los ámbitos. No puede extrañar que quienes han conocido el viejo Museo encuentren novedades que antes no se veían y que ahora se exhiben a plena luz.

El actual Museo, nuevo por las razones expuestas, no es, sin embargo, un fruto maduro de estudio, proyecto y ensayo. No se ha contado con tiempo ni con recursos económicos para ello. Diecisiete meses es un plazo inverosímil. Nada ha podido ser rectificado. Todo es hijo de una improvisación. Estudiar y rectificar hubieran supuesto inutilizar el plan. No se ha perdido un solo día ni se ha gastado una sola peseta sin hacerle rendir como tres o cuatro. El Museo actual no es una meta alcanzada, sino un punto de partida con exigencias inmediatas de marcha, entre ellas la de perfeccionar lo hecho de modo que se vayan logrando unas instalaciones más provechosas para la utilidad y comodidad del visitante y del estudioso.

Por fin, debe anotarse que si todo lo expuesto es susceptible de ser comprobado, de verse sensiblemente, hay en ello mucho que no se verá jamás y que no se sabrá si no queda registrado de algún modo. Ello es la maniobra constante con las piezas, el subirlas y bajarlas, llevarlas de acá para allá, desde las grandes y pesadas piedras hasta las más insignificantes y minúsculas, pesadilla de diecisiete meses, hasta dejarlas en el lugar de su instalación a salvo de roturas y mutilaciones. Nada se ha roto. Nada se ha perdido. Y todo ha corrido un riesgo que encogía el

ánimo más esforzado. El otro aspecto ha sido el de la limpieza profunda del establecimiento, desde las buhardillas hasta los sótanos, desde la fachada principal hasta el patio interior, incluso el jardín. Nada de esto se verá jamás, ni tampoco el interés, el sacrificio y los desvelos de un personal diverso y com-

plejo unido en un solo afán y en un solo pensamiento: terminar la empresa del Museo por España y para España.

JOAQUÍN M.^a DE NAVASCUÉS
Director del Museo

Madrid, 28 de mayo de 1954.

Institutos Laborales. Datos sobre un nuevo tipo de enseñanza

Los Institutos Laborales fueron creados por Ley de 16 de julio de 1949. Han cumplido, pues, su cuarto año de vida. El carácter especial de sus enseñanzas y el sector de la juventud española a que están orientados aconsejan realizar un estudio de base estadística que permita conocer las características de esta nueva masa estudiantil. Este es el motivo que indujo a la realización del presente trabajo. Si con esta masa de datos proporcionamos a las autoridades docentes una información útil que facilite el conocimiento y resolución de los problemas que afectan a la Enseñanza Laboral, estimaremos cumplida la finalidad de este trabajo, que, por encargo de la Dirección General de Enseñanza Laboral, ha efectuado el Departamento de Estudios Estadísticos del Ministerio de Educación Nacional.

Para la recogida de datos se remitió al director de cada uno de los Institutos Laborales en funcionamiento en mayo de 1953 una carta-circular en la que se indicaban los objetivos perseguidos en el trabajo y se solicitaba su colaboración y la de todo el claustro de profesores. Acompañando a la citada carta se incluían ejemplares del cuestionario confeccionado por el Departamento, ejemplares que deberían ser repartidos entre los alumnos del Centro. Se aconsejaba para la mayor exactitud en las contestaciones que los cuestionarios fueran cumplimentados en entrevistas personales del alumno con un profesor o, en su defecto, en grupos reducidos.

La revisión de los cuestionarios se realizó en mayo del pasado año. En enero del actual quedaron cumplimentados totalmente.

La tabulación de los resultados se ha efectuado por la Sección de Máquinas Estadísticas del Instituto Nacional de Estadística.

El estudio abarca 39 Centros de Enseñanza Laboral de los 44 que estaban en funcionamiento en mayo de 1953. Por distintas causas, no pudieron recogerse los datos de los Institutos Laborales de Barbastro, Guía de Gran Canaria, Hellín, Torredonjimeno y Villafranca del Panadés, todos ellos de modalidad agrícola-ganadera, excepto Torredonjimeno, que corresponde a la modalidad industrial-minera.

Los 39 Institutos se reparten, atendiendo a la modalidad de sus enseñanzas, según el siguiente cuadro:

Modalidad	Centros	Porcentaje
Agrícola-ganadera	25	64,10
Marítimo-pesquera	3	7,69
Industrial-minera	11	28,21

Su localización en el territorio nacional queda indicada en el gráfico 0.1.

Localización de los Institutos Laborales



ANÁLISIS DE LOS DATOS DE TRABAJO

I. DATOS PERSONALES.

1.1. *Sexo.*—La primera pregunta que incluía el cuestionario remitido era la relativa al sexo del alumno. La totalidad de los asistentes son varones. La matrícula en el conjunto de Institutos de cada modalidad es la siguiente:

Modalidad	Alumnos	Porcentaje
Agrícola-ganadera	1.312	62,86
Marítimo-pesquera	139	6,66
Industrial-minera	636	30,48
Total.....	2.087	